

Comentario

Creo que ENRIQUE LOZANO ha puesto el dedo en la llaga, cuando deja entrever que la llamada polémica H. H. está mal planteada por ambos contendientes, y que el desacuerdo fundamental no es entre el Equilibrio General (E. G. desde ahora) y Sraffa, sino entre ambos por una parte y "economistas sociales de mercado" (ec. vulgares) y prestidigitadores de la agregación (algunos económetras) por otra. Coincido asimismo en que las primeras teorías destruyen la visión ingenua de los precios como indicadores de escasez. Incluso estaría dispuesto a aventurar una afirmación más audaz: ambas teorías conducen esencialmente a la conclusión de la irracionalidad de la "economía social de mercado". En esto último, sin duda, la economía del E. G. —en parte sólo por experiencia— tiene toda la ventaja, pues posiblemente una de las mayores aportaciones intelectuales de los economistas sea tanto la explicitación de las condiciones en las que cada equilibrio competitivo es un punto Pareto eficiente y viceversa (1) como la puesta de manifiesto del desplome de tal eficacia si algunas de las condiciones no son satisfechas.

No es extraño entonces que Arrow, Hurwicz y el propio Hahn, por citar sólo tres destacados elementos en el campo de E. G., crean firmemente en la necesidad de la planificación. Esto demuestra que parece existir una gran potencialidad crítica en el enfoque del E. G. —cosa en la que Enrique no insiste demasiado—. Creo que si la parte sraffiana se hubiera percatado de ello, mucha polémica se hubiese desvanecido. Esto es particularmente patente en el caso de Harcourt, cuya incapacidad para distinguir la economía neoclásica de los economistas de la función agregada de producción ha introducido una abundante confusión en todas las justas en las que ha tomado —y tomará si Hahn no lo remedia— parte.

¿Y qué decir de Hahn? Es un fenómeno curioso que uno de los más radicales teóricos del E. G. se haya distinguido por sus intervenciones aparentemente "contrarrevolucionarias". Más aún, el que siendo manifiestamente no neoclásico, sus más sonados artículos se hayan caracterizado por una defensa dura y sin ambages del paradigma del E. G., trabajos en los que menudean afirmaciones provocativas y en los que se conduce sin demasiados miramientos para con los argumentos del adversario (2). Creo que la respuesta a esto se ha de hallar tanto en las antes sugeridas potencialidades críticas de la teoría del E. G., que Hahn cree muy superiores

(1) La escuela del E. G. ha consagrado la distinción entre óptimo y eficiencia (confundidas tan a menudo por la economía vulgar). En lo primero entrarían consideraciones de ética y justicia que están excluidas en el segundo. Evidentemente, sólo un alarde de imaginación puede calificar una situación como las descritas por Huxley como óptima.

(2) Ver a este respecto la magnífica nota de C. Cuervo en *I. C. E.* acerca de su controversia con Kaldor.

a los desvaídos argumentos de Harcourt o Kaldor, como en la pretendidamente devastadora crítica que estos autores creen realizar del modelo neoclásico de E. G. Ampliemos brevemente estos puntos. Con la teoría económica neoclásica en la mano, Hahn fue capaz de demostrar que una baja del nivel general de precios, no necesariamente conduce hacia el equilibrio con pleno empleo —el llamado efecto Pigou—, sino posiblemente hacia una bancarrota generalizada. La razón, que había sido apuntada por Keynes, es que en una economía monetaria los contratos se realizan en dinero y un alza en el valor de éste coloca rápidamente en dificultades a la clase empresarial, con los subsiguientes efectos perjudiciales para el empleo y la situación general (3). Evidentemente, no puede darse una mejor refutación de la economía vulgar. Posteriormente, utilizando un modelo ortodoxo de crecimiento, demostró que, partiendo de unos precios de los activos históricamente dados, todos los caminos de crecimiento divergen del de crecimiento equilibrado. De aquí dedujo la incapacidad del mercado de capitales para guiar equilibradamente a una economía capitalista (4). La necesidad de planificación no puede ser más clara. Su último bloque de contribuciones relevantes se centra en las llamadas “Economías secuenciales”, que básicamente pueden describirse como economías en las que algún mercado a futuros no existe (en contraposición al modelo Arrow-Debreu que contiene todo tipo de mercado) (5). Con la ayuda de D. Starret, Hahn pudo demostrar que cada equilibrio, de una economía secuencial que usa dinero, es Pareto ineficiente. Por último, ya que Enrique cita sarcásticamente un párrafo de Mortensen, recordemos que Hahn es autor de una de las más mortíferas críticas contra los llamados Friedmanitas: Si el equilibrio no es único (6), el concepto de tasa natural de paro se derrumba, ya que en vez de tener una sola línea vertical, tenemos una familia de ellas (alternativamente representan posiciones de equilibrio estable e inestable). La necesidad de una elección consciente de alguna de ellas es obvia. De manera similar, la teoría cuantitativa del dinero en ausencia de unicidad, como puede fácilmente comprenderse, se ve atrapada en insalvables dificultades lógicas. Estas dos últimas críticas son ejemplos perfectos de cómo el dominio de la economía del E. G. es útil contra determinadas falacias. Y ya que Enrique pondera las ventajas de adoptar la visión sraffiana sobre la de Hahn, convendría meditar las anteriores líneas antes de decidirse por

(3) Ver su artículo en HAHN y BRECHLING, *Teoría de los tipos de interés y Teoría General*, cap. XIX. En el modelo básico de E. G. suele evitarse la bancarrota, suponiendo que un punto de los recursos iniciales del sujeto domina, al menos débilmente, algún punto del conjunto de consumo.

(4) Ver su “Heterogeneous Capital Goods”, *Review of economic studies*, 1968.

(5) El primer trabajo sobre tales economías secuenciales se debe a R. Radner (*Equilibrium with uncertainty-Econometrica*, 1968). La aportación decisiva se encuentra dispersa en los artículos de Hahn en la misma revista en 1970-71.

(6) El supuesto más atractivo de los necesarios para conseguir la unicidad es el de dominancia diagonal, en el que el jacobiano de los excesos de oferta tiene sus elementos diagonales mayores en valor absoluto que la suma de los términos no diagonales y los términos de sustitución son mayores que los términos renta.

una u otra (no creo que esto sea absolutamente necesario). ¿Se me permitiría adelantar que el veredicto final no es nada fácil?

Vayamos ahora con las críticas que desde fuera se han realizado al modelo de E. G. Interpretadas ampliamente, éstas pueden resumirse en la afirmación de que el E. G. se ha desarrollado con una notable estrechez de miras y ha perdido de vista fenómenos de relevancia para la comprensión de la realidad. Así expuestas, no creo que muchos teóricos del E. G. disientan (Hahn explícitamente señaló esto en la polémica). ¿Qué hay entonces en las observaciones de Hancourt y Kaldor que molesta tanto a aquél? En primer lugar hay una cuestión puramente formal. Si, situándonos en una posición apocalíptica, creemos que unas determinadas observaciones pueden acabar definitivamente con una línea de pensamiento que engloba varios y diferentes modelos, en vez de perfeccionarla o convertirla en un caso particular, nada tiene de extraño que la respuesta de los seguidores de tal línea sea particularmente desabrida. Colocar la polémica en tales términos poco menos que equivale a tratar de demostrar la rudeza y estupidez del adversario y, como Joan Robinson ha señalado repetidamente, ya Keynes constató en sus propias carnes qué tipo de respuesta puede obtenerse en estas circunstancias.

Pero no es sólo una cuestión de forma. En su monumental "General competitive analysis", Arrow y Hahn interpretaron ampliamente el concepto de E. G. Ellos lo ven como una línea de pensamiento más o menos abrupta que, 1) trata de pronunciarse por la posibilidad de coherencia de las diversas sociedades —en especial de la basada en el intercambio—; y 2) utiliza métodos cada vez más sofisticados, entendiendo por esto no sólo que determinados axiomas son relajados o sustituidos por otros más profundos, sino el uso masivo de artillería pesada matemática. De esta manera, el E. G. empezaría con Adam Smith y culmina hoy con los trabajos de los jóvenes economistas de vanguardia —Mas-Colell, Hildenbrandt, O. Hart, etc.—. Como Hahn ha insistido en otro contexto, tal línea constituye un patrimonio cultural irrenunciable. Parafraseando la célebre frase de Schumpeter sobre Marx, aunque todos sus argumentos estuvieran equivocados, es impensable un retorno de la economía a tiempos pre-Walras, Debreu, Arrow, etc. Lo que hemos aprendido en este viaje —acerca del papel de las no convexidades, las condiciones para asegurar la continuidad de determinadas funciones, el cómo los gustos pueden tener un cierto carácter endógeno en un modelo de E. G., o cómo introducir en éste fenómenos de competencia imperfecta—, constituye ni más ni menos que la base de los descubrimientos que se podrán hacer mañana (7). En última instancia, aunque tales descubrimientos pongan de manifiesto graves errores e inconsistencias en los modelos de hoy, tendríamos que agradecer a éstos que, al haber aclarado cuál es el papel de los supuestos, hayan podido

(7) A este respecto no es irrelevante señalar que los sistemas de promoción de investigación en los llamados países libres no son ciertamente los más adecuados.

ayudar a superarse a sí mismos. Si Kaldor hubiese sido capaz de realizar un modelo matemático con tecnología endógena, en vez de haber adelantado algunas intuiciones sobre aquélla, esto, sin duda, hubiese sido considerado como una de las contribuciones más importantes al E. G. (8). Lo que sospecho irrita a ciertos teóricos de este campo es la pretensión de destruir doscientos años de Teoría Económica con unas observaciones acerca de cómo se deberían perfeccionar los modelos actuales. Observaciones que, al incumplir la condición 2), no sólo no representan genuino progreso, sino que aparentemente quieren conducir a la economía a tiempos ricardianos, donde el ejemplo numérico y la frase ingeniosa sustituye al duro y riguroso trabajo de elucidación de hipótesis y prueba de teoremas. En su más amplia acepción, la aportación de la escuela del E. G. a la llamada ciencia económica consiste en haberla dotado de un método, que aun aplicado a problemas estrechos y aun irrelevantes —convengamos en ello— se ha mostrado particularmente fructífero para demostrar la irrelevancia de tales ejercicios analíticos.

Entonces, ¿está Hahn en lo cierto cuando afirma que el modelo de Sraffa es un caso particular del de E. G.? Creo que no, y aun ponderando la dificultad de adelantar cuáles son las “verdaderas” diferencias entre ambos modelos, bástenos señalar aquí que:

1. En el caso puro de E. G., la empresa recibe información de los precios de mercado y “lanza” unas cantidades. En el modelo de Sraffa, la “empresa” lanza precios a partir de unas cantidades dadas.

2. Los mecanismos de distribución de la renta son diferentes. El salario real (si éste se toma como dado para cerrar el modelo) no se determina por las ecuaciones competitivas normales, sino por algún tipo de negociación colectiva. A este respecto es relevante el señalar que la Teoría de los juegos ha proporcionado un fundamento analítico importante a la teoría “competitiva”. Brevemente, el resultado que nos interesa puede resumirse así: Si 1) el número de participantes en un mercado tiende a infinito, y 2) no hay costes diferenciales de formar coaliciones, el conjunto de asignaciones no bloqueadas tiende al equilibrio competitivo. Pero ¿qué pasa si introducimos en las preferencias de trabajadores y capitalistas una aversión a coalicionarse con el adversario? Conjetura: el resultado es que el mercado de trabajo no es competitivo independientemente del número de individuos que participan en éste (9). De esta manera, la oferta y la demanda no juegan ahí ningún papel.

Luis. C. CORCHON
Universidad de Madrid

(8) Compárese la actitud de Kaldor con la de Arrow, que desarrolló una teoría del aprendizaje en el marco del E. G. Aprovecho la ocasión para recalcar que el supuesto de tecnología invariable no es necesario para el E. G., ni mucho menos, como los trabajos de Roy Radner sobre acumulación óptima han puesto de manifiesto.

(9) Esto me fue señalado, aunque en otro contexto, por el propio Hahn.